



El proyecto *Marcos,* ¿para toda la vida?

JORGE BRAVO

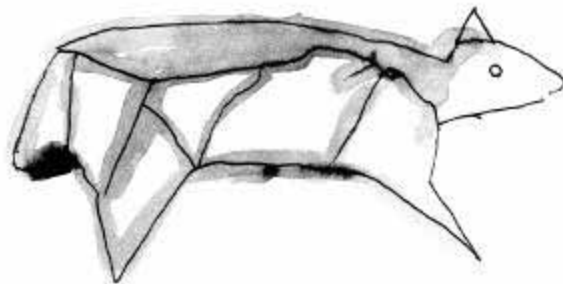
Los mexicanos no merecemos a un líder como el Subcomandante Insurgente Marcos, ahora llamado Delegado Cero a raíz de “la otra campaña” encabezada por él, y que pretende contrastar con las –onerosas y no menos insubsistentes– campañas institucionales de los candidatos a la Presidencia de la República. ¿Cómo admitir a Marcos en el panteón de los héroes, donde figuran un Hidalgo, un Morelos, una Corregidora, un Juárez, un Zapata?

A pesar de todo, Marcos tiene sus méritos: la abrupta irrupción del EZLN el 1o. de enero de 1994 en el sureño estado de Chiapas contribuyó –junto con otros factores como las crisis económica y política– a la derrota en las urnas del partido preponderante (PRI) seis años después. Más importante aún, exhibió la causa indígena como un problema irresuelto durante siglos.

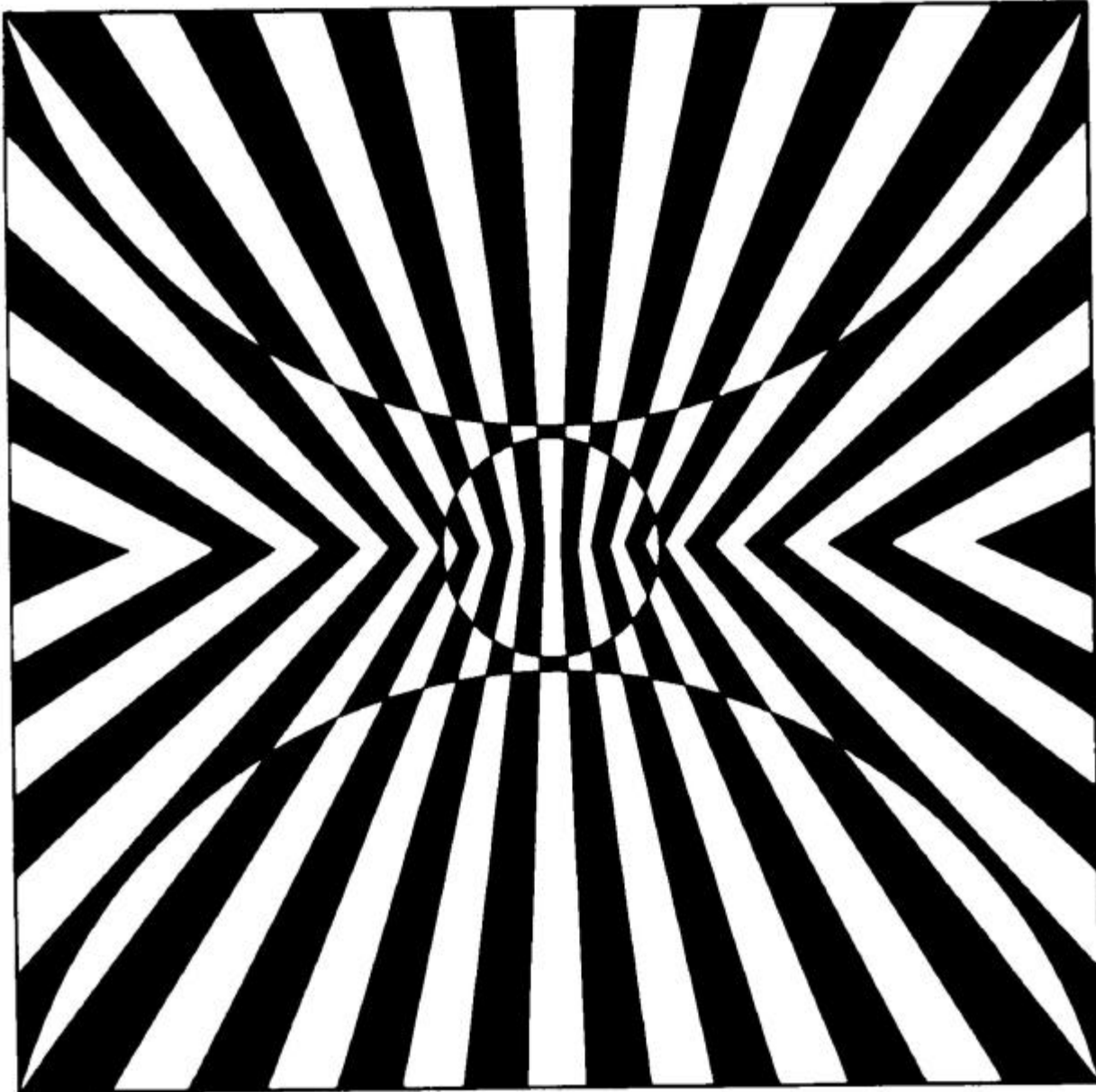
En el plano de la estrategia de lucha, los zapatistas hicieron resurgir la utopía. No podemos restarle genialidad a Marcos en ese sentido. En 1989 se había derrumbado el Muro de Berlín y dos años después se desintegró la Unión Soviética. El socialismo realmente existente dio paso al supuesto fin de las ideologías y a la hegemonía de la democracia liberal occidental inscrita en un sistema de mercado. La rebelión indígena, a

escasos años de aquellos trascendentales acontecimientos, significó el desmoronamiento de los pronósticos más optimistas del progreso material humano.

Al principio el discurso de Marcos emergió de las fuentes del marxismo-leninismo y de las guerrillas tradicionales. Al poco tiempo el EZLN y su líder visible comenzaron a utilizar la internet y las tecnologías de la comunicación como un recurso para dar a conocer sus comunicados al mundo y como un elemento estructural de organización interna. Desde el primer momento el movimiento alcanzó los planos nacional y global.



Alberto Calzada



Gelsen

¿Quién es Marcos, a doce años de su irrupción? Sin duda sigue siendo un símbolo para muchos seguidores nacionales y extranjeros. No es, desde luego, ese Sebastián Guillén, como le llaman quienes buscan denostarlo. Marcos es el engendro de sí mismo; pero sobre todo de los medios de comunicación. Insistir en que Marcos es un personaje mediático es repetir un slogan. Pero no es otra cosa... con una diferencia: el Subcomandante buscó los reflectores; pero no pudo evi-

tar que los medios se apoderaran de él, al grado de que ahora les pertenece. El guerrillero virtual se dejó arrastrar por la fascinación que despertó en las empresas de comunicación de todo el mundo. Su genialidad inicial se torna ahora –en realidad a los pocos días de haber surgido– irreversible. No pudo evitarlo.

Marcos simplemente no existiría sin la electrónica. Sin la posibilidad que le brindó para existir –no sólo la amnistía salinista que aún perdura– la red de redes. Su

constitución es de barras cromáticas; sí, las de la televisión cuando no hay nada que ver en la pantalla. Marcos es un código binario, un abigarramiento de bites. El ahora Delegado Cero –cambia de nombre como si de personajes a representar se tratara– avergonzaría a un Garibaldi, a un Lucio Cabañas, a los mahometanos que se ciñen bombas al cuerpo y se inmolan. El Subcomandante carece de esa capacidad de desprendimiento idealista que caracteriza a los luchadores sociales. Es un personaje del espectáculo y, por definición, frívolo, intrascendente, prescindible.

En su –en otro tiempo– impensable entrevista con Carlos Loret de Mola en Televisa, durante –también en otro tiempo– inauditos 55 minutos (una barbaridad en cobertura y en gasto), sólo reconoce que ha perdido sex appeal, además de tener “las piernas más bonitas de todo el sureste mexicano”. ¿Trivialización? Desde luego. ¿Contradicción? De ninguna manera. Marcos utiliza los instrumentos del capitalismo y de la burguesía –los medios de comunicación– para minar las bases y destruir a los mismos burgueses. Y, en cambio, el conjunto de sus acciones y declaraciones después de los acontecimientos de San Salvador Atenco sugieren que Marcos le hace el juego al panismo, a la derecha y al foxismo.

Y es que Fox supo neutralizar durante cinco años a Marcos: desmilitarizó la zona de influencia del EZLN, liberó a los presos indígenas, trasladó los programas sociales del gobierno federal a Chiapas y en el 2001 permitió la Marcha Zapatista al Distrito Federal. Después del suceso el Subcomandante desapareció de la escena pública. Al final del sexenio, y en pleno proceso electoral, reapareció con “la otra campaña”. Periódicos como La Jornada se vieron en el predicamento de seguir la caravana pero sin el arraigo social y el poder de convocatoria del 2001. Con un Delegado Cero que dirigía su aminorada artillería verbal a la izquierda institucional y a su candidato, Andrés Manuel López

Obrador. Sin las grandes manifestaciones masivas. Incluso en la UNAM, sin mítines pletóricos. Por momentos sin la atención de los medios de comunicación. La indiferencia mediática parecía sepultar a un Marcos con un discurso light, incluso con un pasamontañas más liviano... hasta que ocurrieron los eventos de Atenco.

¿Qué es Marcos? No un periodista pero sí un comentarista político. Tampoco es un dirigente político. Tendría más lectores de sus artículos que votantes. De atreverse a competir electoralmente, el candidato Marcos –o como se llamara en ese momento– y su partido perderían las elecciones abruptamente, como le ocurrió a los sandinistas en Nicaragua. El Subcomandante podría escribir para un periódico, posiblemente La Jornada; aunque otras publicaciones no dudarían en contratar sus servicios como analista, por el éxito comercial que representaría. También podría aparecer en televisión y ofrecer su alocución; posiblemente en la sección “En la opinión de...” del Noticiero de Televisa. Si en esta empresa da las noticias un payaso como Broso, ¿por qué no incorporar a un guerrillero enmascarado, con reconocimiento e incluso legitimidad? Lo digo seriamente.

El desmembramiento de Marcos se acelera porque ha dejado de ser el vocero de los indígenas. El presidente de Bolivia, Evo Morales, un auténtico representante de los indígenas para América Latina, arrebató la más importante, la única bandera del Subcomandante. No puede ser mera casualidad que Marcos desatara “la otra campaña” sin planteamientos precisos, ante la evidencia de un Evo Morales que no sólo iba a recuperar la economía boliviana para los bolivianos, sino para los mismísimos indígenas de su país y de América Latina.